IX Jornadas de Jóvenes Investigadores

Instituto de Investigaciones Gino Germani

1, 2 y 3 de Noviembre de 2017

Nombres y apellido del autor: Gonzalo Federico Zubia

Afiliación institucional: UBA – UNQ/CONICET

Correo electrónico: [gfuzubia@gmail.com](mailto:gfuzubia@hotmail.com) [gzubia@becarios.unq.edu.ar](mailto:gzubia@becarios.unq.edu.ar)

Máximo título alcanzado: Doctor en Comunicación (UNLP)

Eje problemático propuesto: Eje 6. Espacio social, tiempo y territorio

Título de la ponencia: Giro espacial de los estudios culturales: relevo y organización de un campo de discusión.

Palabras clave: Espacios, Geografía, Cultura y Comunicación

## Introducción

Partamos de la siguiente presunción: pocas conceptualizaciones han resultado tan inestables y espinosas como la del espacio. Ya sea porque porque ha sido reflexionada y estudiada por varias disciplinas –la física, la filosofía, la geografía, la sociología, entre otras–; o sea porque fue estudiada en diferentes momentos históricos, no hay un sentido unívoco y estable del concepto y su significación, por cuanto cada vez que se lo enuncia debe aclararse necesariamente la perspectiva desde la que se lo hace y la tradición en la que se inscribe. A lo largo del tiempo se fueron estableciendo consensos parciales que se configuraron como campos de debates cuyas definiciones en torno al espacio denotaron adscripciones y pertenencias a áreas de conocimiento específicas con vasos comunicantes poco nítidos entre sí.

A ese territorio sinuoso de la conceptualización del espacio también se han sumado las humanidades que, desde mediados del siglo XX, han añadido el suplemento de “social” como garantía de pertinencia y especificidad en el debate. De este modo, las humanidades y también las ciencias sociales comenzaron a participar activamente en la reflexión en torno a los espacios y las espacialidades. Y lo hicieron bajo la siguiente consideración: aquello otro que no era el espacio *social*, supóngase que el espacio físico o más bien estudiado por la física, ese espacio “neutro”, excluía de su configuración la agencia humana repuesta ahora con la mención de “lo social”. El “espacio social” designa entonces esa participación/interacción humana *con* el medio. En esta participación de las humanidades en el debate sobre el espacio a mediados del siglo XX se cuela una concepción moderna antropocéntrica aún presente en las discusiones actuales: hay una sociedad que se relaciona *con* su medio, es decir, hay una comunidad de humanos que interacciona *con* una otredad no humana, sea ésta el paisaje, el ambiente, el territorio, la naturaleza, el lugar, o cualquier otro nombre que pueda revestir. Esta dualidad en la interacción es un signo característico de la reflexión sobre el espacio en las humanidades que se sostendrá por varias décadas, aún presente en las discusiones contemporáneas.

A su vez, la emergencia y desarrollo de esta trama de debates en torno al espacio estuvo contextualizada, en la segunda mitad del Siglo XX, por un conjunto de procesos que representaron el ocaso de las promesas de la modernidad y el progreso: no podría comprenderse la discusión sobre los espacios sin hacer mención al ambientalismo surgido en las últimas décadas, producto tanto de los desastres ambientales como de la depredación de diferentes regiones del globo; tampoco sin considerar los procesos de descolonización de países enteros que junto a su independencia comenzaron a pensarse así mismos, incluidas sus referencias al espacio; y finalmente, menos aún sin considerar los procesos emancipación social en torno a la desigualdad y la diferencia que caracterizaron los movimientos radicales de los ’70 en adelante, principalmente los feministas. Estos procesos y movimientos, consignados escuetamente en esta introducción, representaron lo que el geógrafo y urbanista Edward Soja denomina como espacios de apertura radical (Soja en Benach y Albet, 2010): nuevas formas de imaginación espacial que rompen con los formatos anteriores proponiendo otros que designan, consecuentemente, otros modos de vida. Formas de interacción en el espacio, el medio, el ambiente, en los que a la polivalencia de las interacciones humanas se le sumaba aquello otro no humano, sea la naturaleza, el territorio, la ciudad.

El presente trabajo se propone como un relevo sucinto de las conceptualizaciones sobre el espacio, para pensar sus alcances y también sus limitaciones. Un relevamiento que traza vasos comunicantes entre las discusiones en torno a los espacios y que alcanza su cenit en lo que se conoce como el giro espacial de los estudios culturales. El trazado de este panorama, lejos de agotar las discusiones, se propone como un itinerario perspectivo que permita comprender las derivas de las discusiones en torno a los espacios y los puntos en común entre la geografía y las humanidades y particularmente con los estudios culturales.

La investigación sobre la que se sustenta la reflexión y argumentación de este trabajo se desarrolló durante el período de formación doctoral en la Universidad Nacional de La Plata, con financiamiento de una beca CONICET y sendos proyectos de investigación colectivos en la UNQ. Durante este período de estudiaron procesos de organización colectiva en torno a la disputa por el medio ambiente en la puna jujeña, indagación que condujo a estudiar detenidamente las conceptualizaciones en torno al espacio en el pensamiento moderno. El trabajo actualiza también algunos de los resultados relevados en esa investigación a partir de la prosecución de la indagación en torno a los mismos temas y tópicos afines.

## Desarrollo

## *La reconciliación con el espacio*

La pregunta acerca del espacio ha cautivado la reflexión en los más variados campos del conocimiento: desde la filosofía, la geografía hasta la física y también la arquitectura, la agrimensura, el diseño, las ciencias del hábitat, sólo por mencionar algunas. Esta pregunta ha visibilizado modos diferenciales de imaginación espacial (Farinelli, 2013), es decir, formas diversas de imaginar las relaciones con el medio.

Tales reflexiones sobre el espacio han cobrado mayor relevancia en las últimas décadas actualizando una serie de debates que quedaron postergados por mucho tiempo. Esta renovación de las discusiones viene a contrarrestar la preminencia del tiempo por sobre el espacio, priorización característica del pensamiento occidental durante la modernidad. Según Bernhard Waldenfels “*Si consideramos el pensamiento moderno, en tanto se ha constituido bajo una influencia decisivamente filosófica así como también teológica, el tiempo parece haberle quitado la prioridad al espacio*” (2005: 157). Esta preminencia obedece, según el autor, a tres motivos principales, a saber: 1) El tiempo está más ligado a la interioridad del espíritu, del alma, de la conciencia o de la vivencia que el espacio (El cogito cartesiano como apéndice del tiempo pero sin espacio); 2) El tiempo como progreso histórico que se aparta de la estática del espacio, éste último considerado como arcaico; y 3) El impulso del tiempo en la justificación metódica de la física moderna. La consumación de la modernidad en el proyecto de la razón ilustrada se alcanzará a través de la ciencia, organizada bajo el modelo de la física, y en el progreso de la Historia y las revoluciones industriales europeas. La modernidad como autorreflexión rompe con el discurso cristiano y augura un nuevo pensamiento dogmático de la verdad vía la ciencia positiva a través del cual promueve una nueva temporalidad universal. “*La Modernidad desde esa perspectiva: ciencia, lenguaje, técnica, es un progreso indefinido, desde el punto de vista del que defiende este tiempo. Un tiempo histórico que está absolutamente seguro de saber, vía razón y ciencia positiva, lo que es verdad y lo que es ilusión*” (Casullo *et al*, 2009: 26).

Es de este modo que el tiempo se sobrepone sobre la reflexión del espacio. Tal preminencia comenzó a cambiar a lo largo del siglo XX. Bernhard Waldenfels (*Op.Cit.*) señala una serie de posiciones que dan cuenta de un cambio en este sobre-equilibro del tiempo por sobre el espacio, a saber: los aportes de la sociología y la biología con la introducción de nociones de medio y medio ambiente; la física más actual, sobre todo a partir de la Teoría de la Relatividad y la Teoría Cuántica, al incorporar en la concepción del espacio la ubicación del observador, o sea, el concepto de proceso de medición; el anclaje lingüístico y la escenificación lingüística del diálogo, es decir, el lugar de la enunciación; el estudio de los lugares conmemorativos en las investigaciones históricas recientes, más vinculadas a la Escuela de los Annales y la inscripción de los procesos temporales en el espacio (como el paisaje Mediterráneo de Braudel); la antropología cultural y la etnología con el planteamiento de temporalidades simultáneas y ya no como sucesión de un tiempo único, que abre la discusión a la perspectiva topográfica; la reemergencia de la geografía que renueva la pregunta por la espacialidad; el *land art* y otras experiencias situadas de las vanguardias artísticas; a los que se suman la topología en la matemática o la tópica en el psicoanálisis. De este modo, podemos considerar a este período como un momento de reconciliación con el espacio, un momento próspero donde germinaron extensas reflexiones sobre el espacio.

## *Pensamientos precursores*

En el cambio de panorama reflexivo antes señalado, la filosofía y las humanidades también comenzaron a participar activamente en la discusión sobre el espacio. De entre aquellos más vinculados al análisis de las culturas tres son, a nuestro parecer, las discusiones más pertinentes de ser reseñadas al momento de relevar el desarrollo de la evolución de la conceptualización sobre el espacio: la fenomenología del espacio de Bachelard; los espacios heterotópicos de Foucault y las tres dimensiones del espacio de Lefebvre.

La primera corresponde a la publicación en 1957 de *La poética del espacio* de Gaston Bachelard, obra en la que el filósofo reflexiona sobre una fenomenología del espacio. A partir de distintas imágenes poéticas Bachelard plantea la fenomenología del espacio como una instancia experimental del ser a través del lenguaje poético: “*la primera encuesta fenomenológica sobre la imaginación poética, la imagen aislada, la frase que la desarrolla, el verso o la estrofa donde la imagen poética irradia, forman espacios de lenguaje que un topoanálisis debería estudiar*” (2012: 16). Esos espacios del lenguaje son los que generan espacios de ensoñaciones, de manifestación del fenómeno a través de la experimentación del ser. El espacio que se manifiesta entre la escritura y la lectura es constitutivo de placer, éxtasis, atracción, de allí su vinculación con la experimentación psicológica.

“*En efecto, sólo queremos examinar imágenes muy sencillas, las imágenes del* espacio feliz*. Nuestras encuestas merecerían, en esta orientación, el nombre de* topofilia*. Aspiran a determinar el valor humano de los espacios de posesión, de los espacios defendidos contra fuerzas adversas, de los espacios amados. Por razones frecuentemente muy diversas y con las diferencias que comprenden los matices poéticos, son espacios* ensalzados*. […] El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación. En particular, atrae casi siempre. Concentra* ser en *el interior de los límites que protegen*” (*Op.Cit.*: 22. Destacado del autor).

Por sus características, los espacios poéticos de Bachelard son íntimos y sensibles, en los que la experimentación de habitar el lugar articula las interralaciones materiales que componen cada uno de esos lugares. Y la afectividad que caracteriza a la poética de los espacios procede, justamente, de esa interrelación.

También desde la filosofía, Michel Foucault fue otro de los pensadores que se ocupó de reponer la cuestión del espacio esta vez más cercano al análisis social. En *De los espacios otros*, conferencia pronunciada en 1967 y publicada recién en 1984, Foucault dice:

“*La gran obsesión del siglo XIX fue, como sabemos, la historia: temas del desarrollo y de la paralización, temas de la crisis y del ciclo, temas de la acumulación del pasado, gran sobrecarga de los muertos, enfriamiento amenazante del mundo. […] La época actual sería más bien quizá la época del espacio. Estamos en la época de lo simultáneo, en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y de lo lejano, de lo contiguo, de lo disperso. Estamos en un momento en que el mundo se experimenta, creo, menos como una gran vía que se despliega a través de los tiempos que como una red que enlaza puntos y que entrecruza su madeja*” (1999: 431).

Foucault recupera la ‘obra inmensa’ de Bachelard y los fenomenólogos y su aprendizaje de que no vivimos en un espacio homogéneo y vacío sino por el contrario en varios espacios cargados de cualidades. A la vez que toma distancia de estas mismas perspectivas: mientras aquellos se han ocupado del *espacio del adentro*, Foucault se propone analizar el *espacio del afuera* del lenguaje. Desde esta posición, durante un momento de la obra foucultiana concentrada en el análisis de la episteme moderna, el autor pone el foco de atención en el conjunto de relaciones que definen emplazamientos específicos: “*El espacio dentro del cual vivimos, por el cual somos atraídos fuera de nosotros mismos, en el que se desarrolla precisamente la erosión de nuestra vida, de nuestro tiempo y de nuestra historia, este espacio que nos carcome y nos surca de arrugas es en sí mismo un espacio heterogéneo*” (*Op.Cit.*: 434). Las prácticas discursivas definen entonces lugares del lenguaje, entre los que se distinguen: por un lado las *utopías*, emplazamientos sin lugar real portadoras de un proyecto de sociedad perfeccionada, y por el otro las *heterotopías*, como oposición a aquellas en tanto emplazamientos distintos en los cuales se produce una experiencia mixta donde se combinan elementos míticos y reales. Para la descripción detallada de las *heterotopías* Foucault propondrá una heterotopología: “*una especie de descripción sistemática cuyo objeto fuera, en una sociedad dada, el estudio, el análisis, la descripción, la «lectura», como gusta decirse ahora, de esos espacios diferentes*” (*Op.Cit.*: 435).

Al oponer la *utopía* (como espacio externo e imposible, a la vez que el más interno de los espacios) a las *heterotopía* (como espacio del «afuera»), Foucault señala la emergencia de un *espacio otro* que se contrapone al espacio de la inclusión. La cárcel, el psiquiátrico, el teatro, son algunos de los ejemplos que utiliza para plantear los *espacios heterotópicos* y en ellos la experiencia de habitación del cuerpo, a través del emplazamiento de relaciones sociales. Son esas experiencias, en sus imaginarios y desfasajes, en sus condiciones reales o anormales, las que difractan el espacio neutro para convertirlo en un espacio habitado.

Finalmente, el tercero de los precursores relevante en la reflexión sobre el espacio es el autor francófono Henri Lefebvre. Su preocupación por el espacio se manifestó en la última etapa de su producción teórica y es heredera del marxismo y del estudio de la vida cotidiana junto a la coyuntura histórica del Mayo del ’68 y su adscripción al situacionismo francés. En todo este contexto, Lefebvre materializa su reflexión en el libro *La producción del espacio* (2013) publicado originalmente en 1974, donde plantea la tensión entre los espacios habitados, sentidos, experimentados cotidianamente, con los espacios trazados, gestionados y abstractos. De este modo, reactualiza su proyecto de reposición del estudio de la cotidianidad como parte del análisis social crítico a la vez que toma distancia de los análisis ideológicos de corte althusseriano. En *La producción* Lefebvre denuncia cómo la noción de espacio fue cooptada como categoría conceptual por la geografía, la geometría y la aritmética constituyéndose como un espacio neutro, objetivo, de diagramación abstracta; por ello politiza tales operaciones de gestión espacial a la vez que arguye otras espacialidades cotidianas que contienen formas y deformaciones diferenciales de la espacialidad planificada. Su tríada conceptual –dialéctica, según su tradición marxista– está conformada por:

“*(a)* La práctica espacial*, que engloba producción y reproducción, lugares específicos y conjuntos espaciales propios de cada formación social; práctica que asegura la continuidad en el seno de una relativa cohesión. Por lo que concierne al espacio social y a la relación con el espacio de cada miembro de una sociedad determinada, esta cohesión implica a la vez un nivel de competencia y un grado específico de performance. (b)* Las representaciones del espacio*, que se vinculan a las relaciones de producción, al «orden» que imponen y, de ese modo, a los conocimientos, signos, códigos y relaciones «frontales». (c)* Los espacios de representación*, que expresan (con o sin codificación) simbolismos complejos ligados al lado clandestino y subterráneo de la vida social, pero también al arte (que eventualmente podría definirse no como código del espacio, sino como código de los espacios de representación)*” (*Op.Cit.*: 92. Destacado del autor).

El funcionamiento dinámico de ésta tríada dialéctica le permite a Lefebvre afirmar que existe una serie de procesos productivos del espacio. A partir de esta identificación, sostiene que hay una historia del espacio marcado por los modos de producción del espacio existentes a lo largo de la civilización occidental. Es posible entonces seguir ese trazo desde los romanos hasta la actualidad. En ese recorrido, el autor sugiere que a la gestación del modo de acumulación capitalista le corresponde la gestión del espacio abstracto, reconocido por su formalidad y cuantificación; en este, las diferencias tienden a desaparecer en favor de una rentabilidad dada por la mercancía que impone una homogeneidad vista en la morfología de las ciudades. El espacio abstracto es coetáneo de la historia de la acumulación del capital y la secularización del Estado. Es en este espacio donde se consolida la trinidad capitalista: tierra, trabajo y capital, expandiéndose con su lógica a todos los rincones del mundo. El espacio, en esta secuencia, es un bien colectivo, inherente al proceso productivo que requiere una reapropiación diferencial.

Estos tres pensadores dan cuenta de un clima de época donde el que el espacio ya no puede ser pensado como algo pasivo y vacío, sino que es necesario situarlo como producto de las relaciones sociales. No es ni un sujeto ni un objeto, el espacio es una realidad social, un conjunto de relaciones y formas: sea como experiencia fenoménica de habitar el lugar, sea como un desfasaje de la proyección utópica o sea como realidad inherente a un sistema de producción determinado. El espacio está presente en los diversos niveles de la realidad social: mientras en Bachelard es un sentimiento de habitación, en Foucault implica un trastrocamiento de las relaciones de dominación y en Lefebvre es parte de las superestructuras y simultáneamente de las bases, yuxtaponiendo y sobreponiendo procesos que se diferencian. A su vez, el espacio social tiene una forma: la del encuentro, la reunión y la simultaneidad; reúne todo lo que se experimenta, lo que se produce, forma una centralidad con contenidos contradictorios y diferentes espacios-tiempos. Por lo tanto, entender la producción del espacio significa realizar un recorrido por su historicidad.

Después de estos tres pensadores el espacio ya no podrá ser pensado como neutro, como abstracto, sino más bien como inherente a las relaciones sociales. De algún modo, sus planteamientos pueden considerarse como precursores en la reflexión sobre el espacio.

## *Giro espacial de los estudios culturales*

Como se consignó en el primer apartado, las sucesivas crisis de la modernidad (Casullo *et al*, *Op. Cit*., Lyotard, 1987) trajeron consigo un resquebrajamiento del concepto del tiempo como progreso en clave hegeliana y por ello una reconciliación con la noción de espacio. El desmontaje del vector temporal y la emergencia del vector espacial son coetáneos y concomitantes con el conocimiento de otras experiencias habitacionales producido por la antropología en las empresas coloniales (Pratt, 2010), pero también con la emergencia de discursos de desigualdad y diferencia y los estudios de la cultura en clave espacial (Jackson, 1999) a partir de los ’70 en adelante, entre ellas el feminismo, el movimiento verde y de la emergencia de la cuestión ambiental. La imaginación espacial crítica que surge de estas perspectivas recupera los aportes de los precursores, consignados en el segundo apartado, y comienza a abrir el análisis hacia una multiplicidad de espacios diferenciales que fractalizan las dimensiones homogéneas del espacio pensado como una *res extensa* cartesiana (Soja en Benach y Albet, 2010). Estos debates generan toda una serie de discusiones donde el espacio antes cifrado como homogéneo se resquebraja, abriéndose a una multiplicidad de espacios superpuestos y hasta contradictorios. Esta apertura reconciliadora con el espacio abre la reflexión del campo social en clave espacial.

Esta serie de de cambios que se presurizaron en la segunda mitad del siglo XX fueron identificados como *giro espacial*, según la lectura de Fredric Jameson (1991). El *giro espacial* constituye por tanto un arco de debates en los que la cuestión espacial es revisada en detalle a la vez que se suman nuevas aportaciones conceptuales.

El creciente interés por las cuestiones espaciales también provino de la renovación de los debates en la geografía que hacia los ’70 y ’80 iniciaron nuevas perspectivas: la geografía radical, la geografía marxista y la geografía crítica. Estas corrientes primero se ocuparon de la crítica a los modelos positivistas y funcionalistas, extendidos ampliamente por el mundo anglosajón, para luego ocuparse la producción de sus propias teorías ampliando la agenda temática: renta urbana, desplazamientos, procesos de industrialización (Harvey, 1977; Soja, *Op.Cit.*) y también la intrincada relación entre género y espacio (Massey en Albet y Benach, 2012).

El retorno de la geografía al seno de los debates sociales (Segato, 2007) configuró un modo de interpretación de las espacialidades que atendía a las experiencias de quiénes los habitaban y las particularidades de cada situación: “*Este enfoque ha producido nuevas teorizaciones sensibles a la diferencia y a la especificidad, que cuestionan la homogeneización producida por los discursos de corte historicista. De ahí que se le vincule con el ‘giro cultural’ y con la renovación del interés por la geografía como punto de convergencia de las disciplinas*” (Boyer, 2009). Esta convergencia generó un intercambio fructífero entre distintas líneas de investigación. *“Las nuevas direcciones de la geografía cultural recurrieron a diversas tradiciones intelectuales, que iban desde la antropología y la teoría literaria hasta el feminismo y los estudios culturales contemporáneos, ensanchando así los límites de la geografía cultural”* (Jackson, *Op.Cit.*: 43). Estas nuevas direcciones que orientaron los estudios de las espacialidadesrecurrieron a diferentes disciplinas tales como la semiótica y distintas formas de análisis del discurso, como así también a los estudios de la política cultural de los espacios y el lugar.

*“Las fuentes de inspiración para este tipo de enfoque fueron la obra de John Berger Ways of Seeing (1972)[[1]](#footnote-1), el libro Orientalism de Edward Said (1978)[[2]](#footnote-2), así como los debates en el seno de la antropología acerca de la naturaleza de la autoridad etnográfica (Clifford y Marcus, 1986; Clifford, 1986); sin olvidar, naturalmente, los debates feministas anteriores (Mascia-Lees, Sharpe y Cohen, 1989). El reconocimiento del papel activo del analista en la construcción (más que en el mero registro) de otras culturas llevó a una pérdida de la inocencia en cuanto a la objetividad del conocimiento geográfico. Ello se convirtió en un rasgo central de la historiografía de la disciplina (Livingstone, 1992; Gregory, 1993), al tiempo que los geógrafos y geógrafas feministas señalaban los prejuicios machistas asociados (aunque a menudo no reconocidos) de la llamada geografía «científica» (Domosh, 1991; Rose, 1993)”* (*Ibid.*:45).

La convergencia entre la revitalización de la geografía y el *giro espacial* sucedieron coetáneamente con la emergencia de los Estudios Culturales y el denominado *giro cultural*. Estos últimos emergieron después de la segunda mitad del siglo XX con un fuerte componente político, como respuesta a los cánones hegemónicos de la academia y sus dificultades para “leer” los procesos de la sociedad por fuera de marcos disciplinares institucionalizados. Esta emergencia fue la alternativa política para hacerse cargo de una realidad desbordante que las disciplinas no podían contener, según lo señalado por Wallerstein (1996). Los Estudios Culturales no tuvieron la intención de conformar un cuerpo hegemónico de saberes ni de representar formas preestablecidas de prácticas intelectuales.

Al desmarcarse de los anclajes disciplinarios, los Estudios Culturales permitieron el entrecruce de diversas perspectivas tales como: las teorías feministas, coloniales y poscoloniales, socio-semióticas, la crítica literaria, las teorías críticas de la recepción, la antropología social. Estos cruces posibilitaron hacer foco en la importancia del sujeto en un marco reducido por el poder, en la deconstrucción de procesos de normalización que históricamente habían sido leídos como naturales y en la vinculación entre los productos de la cultura y sus productores. El desarrollo coetáneo del *giro espacial* y el *giro cultural* fue planteada por Jackson (*Op.Cit.*) como una espacialización de los Estudios Culturales.

## *El carácter discursivo del fenómeno espacial*

Paralelamente a la reconsideración de los espacios y la reflexión sobre el emplazamiento de las relaciones sociales, la crisis de la hegemonía del pensamiento moderno, racional y científico también encuentra alternativas teóricas en otros proyectos filosóficos: la vuelta al lenguaje. El pasaje de una filosofía analítica a una hermenéutica del significado, que Rorty denominó en el ’67 como *giro lingüístico* (1990), trastocó los regímenes de verdad de occidente y posibilitó percibir al lenguaje como productor de realidad (Berger y Luckmann, 1986). El lenguaje, que había quedado reducido a la función meramente denotativa en la praxis epistemológica, al ser redefinido por su función significante pasa a cobrar relevancia no sólo en el ámbito filosófico sino en todas las ciencias sociales. El *giro lingüístico* cristalizó además en la generación de nuevos campos de discusión, como la semiología y la semiótica. La contemporaneidad del *giro lingüístico* y el *giro espacial* implicó puntos de intersección que se amalgamaron en la consideración discursiva en la producción del espacio, según lo señalado por Linda McDowell:

“*Junto al llamado «giro cultural» en los estudios feministas y, desde luego en la investigación geográfica (Barnes y Duncan, 1992; Duncan y Ley, 1994) –esto es, un mayor énfasis en los símbolos, significados y representaciones–, se ha producido también un cambio en lo fines políticos del movimiento feminista desde hace aproximadamente treinta años*” (2000, pág. 21).

La condición hermenéutico-discursiva de los espacios se analizó así a través de la significación planteada en formas de discursos o enunciados y en cómo estos referían a las particularidades del lugar (Silva, 2009). A su vez, el lenguaje como continente de la experiencia habitacional del medio se destaca más cuando se considera la intertextualidad discursiva, es decir, el diálogo entre los textos. Ése *entre* los textos ha sido considerado como una distancia espacial y allí el correlato que se establece entre el *giro espacial* con el denominado *giro lingüístico*, hacia mediados del siglo pasado(Ramey, 2013)[[3]](#footnote-3).

Si bien en lo correspondiente al *giro lingüístico* éste proviene de una tradición filosófica de mayor extensión en el tiempo y de una tradición de corte analítico-lógica, las derivas más pragmáticas y hermenéuticas de los debates se suscitaron a mediados del siglo pasado, estas últimas ponían en entredicho la supuesta la naturaleza transparente del lenguaje, según los postulados lógicos-analíticos. Comentando esta tradición y su vinculación problemática con la historiografía, Elías Palti reconoce que giro lingüístico tiene un sentido algo difuso e identifica dos tendencias: en la primera, el giro lingüístico*,* “*según se afirma, fue acuñado por Gustav Bergmann y, en palabras de Richard Rorty, comprende aquellas teorías según las cuales ‘los problemas filosóficos son problemas que pueden resueltos (o disueltos) ya sea mediante una reforma del lenguaje o bien mediante una mejor comprensión del lenguaje que usamos en el presente’*” (2012: 20). Este primer sentido, que Palti llama ‘estrecho’, remitiría a aquella filosofía la que, a su vez, se asociaría a la denominada escuela analítica. Por otra parte, Palti reconoce un segundo sentido asociado al giro lingüístico, esta vez más ‘amplio’, que lo liga a la idea según la cual nuestro conocimiento del mundo no es factual sino lingüístico. Es decir, “*los estudios se concentrarían en los modos de producción, apropiación y circulación social de los sentidos. La idea de que los mismos pueden aclararse (o diluirse) mediante una mejor comprensión del lenguaje es sólo una respuesta posible*” (2012: 20). De este modo:

La sucesión entre *giro lingüístico*, hacia mediados del siglo pasado, y el *giro espacial*, un poco más tarde, hacia la década del ’70, implicó que éste último se viera influenciado por aquel primero. De tal forma, el *giro espacial* tuvo desde sus orígenes una tendencia a ser considerado como expresión en tanto signo de evento discursivo: sea como significación, interpretación, sentido antropológico o representación.

“*También el enfoque de las estudiosas feministas, algunas de ellas geógrafas, ha pasado de las desigualdades materiales entre los hombres y las mujeres en las distintas zonas del mundo a una nueva convergencia de intereses en el lenguaje, el simbolismo, el sentido y la representación en la definición del género, así como en los problemas de la subjetividad, la identidad y el cuerpo sexuado*” (McDowell, *Op.Cit.*: 19).

En la intersección entre entre *giro lingüístico* y *giro espacial* el fenómeno de emplazamiento es asible sólo desde el signo que lo enuncia en tanto testimonio. De esto se desprende la siguiente consecuencia: las marcaciones espaciales se cuelan en el discurso no sólo como deícticos sino más bien como condiciones de enunciación. El lenguaje es entonces el continente de la experiencia habitacional del espacio. Subyase aquí una auto-evidencia: su *desiderátum* es que el enunciado contiene en sí mismo las condiciones materiales de enunciación, *ergo*, es capaz de representar el espacio.

De esta primera consecuencia (el lenguaje opera como continente exclusivo de la experiencia del espacio) se deriva una segunda: la condición antropocéntrica de la dimensión espacial, tal como fue señalada en la introducción de este trabajo. Al considerarse la dimensión espacial como la interacción entre una sociedad y su medio se repone la discusión en torno a la escisión cultura y naturaleza (Descola, 2001) y ésta se sucede sólo en términos antropocéntricos: son los humanos los únicos capaces de producir un lenguaje de signos. En esta secuencia, la dimensión de la experiencia habitacional se circunscribe sólo a los seres humanos. Son éstos quienes pueden dar cuenta de los espacios que habitan en cuanto testimonio, y a su vez, ese relato es el único que puede dar cuenta de las interacciones que se producen en el lugar. El antropocentrismo de estas afirmaciones reside en que según ellas los otros que habitan el lugar –los animales, las plantas, los minerales y las máquinas– sólo existen en la medida en que son enunciados. Esta forma de *culturalismo complaciente*, centrada en la experiencia del evento lingüístico, subordina los reinos vegetales y minerales a la capacidad de significación humana (Heffes, 2013: 39).

A su vez, el carácter discursivo del espacio a través del lenguaje ha promovido la generación de mecanismos de elucidación hermenéutica para identificar el significado de esa experiencia adscripta al lenguaje (Baylina, 1997): sea como representación o sea como manifestación discursiva, la intelección y elucidación de las espacialidades sólo se alcanza a través del análisis metodológicos de testimonios que manifiesten esa experiencia.

La tendencia del lenguaje como continente de la experiencia habitacional, con sus altos y bajos, con sus tensiones y disputas, nos conduce de plano a una consideración estrictamente antropocéntrica de las dinámicas espaciales. Es decir, los espacios sólo pueden comprenderse a través de las experiencias humanas relatadas, en cualquiera de sus modos –sea a través de la imaginación poética, sea a través de una representación más formal y objetiva–. Una posición de éste tipo oblitera la reflexión acerca de otras consideraciones que no tomen como referencia exclusiva la condición humana para la comprensión de los procesos de interacción en el lugar.

## *Espacios post-representacionales*

La emergencia coetanea y concomitante entre el giro lingüístico y el giro espacial implicó, tal como consignamos en el apartado anterior, que éste último estuviera signado por el carácter discursivo de la experiencia espacial. Esto se debió, sobre todo, a que las representaciones discursivas empaparon todos los debates epocales de las últimas décadas del Siglo XXI: desde el género y la experiencia hasta la geografía y los estudios culturales. Y con ello se signó el carácter discursivo del fenómeno espacial. No obstante, con el postestructuralismo y más hacia el cambio de siglo, se comenzó a modificar esta tendencia:

“*Con la perspectiva no representacional, se intenta reconocer el papel del flujo de la vida cotidiana al mismo tiempo que se evita la purificación o sumisión de los diversos órdenes prácticos por/a teorías representacionales (de tipo sociológico, psicológico u otras). Compartiendo con los postestructuralistas la visión del sujeto descentrado, inestable y procesual, este enfoque considera las representaciones como «islas en el mar de nuestra comprensión práctica y no formulada del mundo» (Taylor citado por Thrift, 1996: 10). […] Además de ser una propuesta ontológica que devalúa el papel de las representaciones y que sitúa las prácticas —y entonces los cuerpos, los sentimientos y las interacciones humanas— en el centro de sus intereses, el enfoque no representacional apuesta por una cierta experimentalidad metodológica apta para captar la naturaleza cambiante, contextual y siempre negociada del mundo que dibuja a nivel teórico*” (De Reymaeker, 2012: 132).

La teoría no representacional en la que abreva Reymaeker se constituye como un ensamblaje de una variedad de perspectivas teóricas tales como la corriente postestructuralista (Foucault, Deleuze, Guatarri, etc.) y la de Teoría del Actor en Red (Latour), entre otras. Éstas permiten la salida a la crítica del giro lingüístico y su reducción del espacio a evento discursivo antropológico.

Las prácticas, la dimensión técnico-productiva y ontológica en el contexto global han sido los tópicos que ha caracterizado a esta serie de trabajos. Por ejemplo, en *La naturaleza del espacio* (2000) Milton Santos aborda la dimensión del espacio del capitalismo a partir del desarrollo técnico. Abrevando en la filosofía de la técnica en clave simondoniana (Simondón, 2007), es la interacción técnico-material con el medio lo que otorga el carácter identitario del lugar relacionado, a su vez, con otros lugares en la interface del capitalismo como gran red de interacción. De allí que el espacio se constituya, para el geógrafo brasilero, como un híbrido entre acciones y técnicas y también como una división del trabajo. Este modo de constitución espacial está caracterizado además como un planteo ontológico:

“*Algunos geógrafos tienen razón al escribir que la sociedad obra en el espacio geográfico por medio de los sistemas de comunicación y transporte, pero la relación que se debe buscar entre el espacio y fenómeno técnico integra todas las manifestaciones de la técnica, incluidas las técnicas de la propia acción. No se trata, pues, de considerar solamente las denominadas técnicas de producción, o como otros prefieren, las «técnicas industriales», es decir, la técnica específica, vista como un medio de conseguir éste o aquel resultado. […] Sólo el fenómeno técnico en su total compresión permite alcanzar la noción de espacio geográfico*” (*Op.Cit.*: 33).

La reflexión sobre la ontología del espacio también está presente en la obra de la geógrafa británica Dorren Messey. Su aporte a la reflexión que nos convoca consiste en articular los debates en torno a la desigualdad y la diferencia –principalmente en torno al género– con el análisis de la espacialidad. Su planteo de espacializar la teoría social consiste en considerar que el espacio es producto de interrelaciones, por un lado y por otro, es condición de posibilidad de la existencia de la multiplicidad y, por tanto, el espacio se encuentra en un permanente devenir (2005). En contra de una visión que sintetiza la diferencia como una condición desfasada de un tiempo progresivo, los llamados “pueblos primitivos” frente al estadío evolutivo europeo en una secuencia temporal directa unívoca, plantea que tal identidad es producto de interrelaciones y que el espacio es la convergencia de tales vectores. El sentido global del lugar y las geometrías del poder, como aportes conceptuales de Massey, tienen como trasfondo este planteo ontológico del espacio.

Sistemas técnico-materiales y las ontologías del espacio caracterizan a estas conceptualizaciones que tratan de ir más allá de la representación discursiva del espacio. Y también las prácticas. Los espacios paradojales de Gillian Rose (1993), quien sigue a Foucault en su concepción reticular del poder, sigue el desarrollo analítico de las prácticas y cómo a través de éstas circula la norma administrando los espacios; pero también cómo cada uno de esos lugares está abierto a la subversión y por tanto a la generación de espacios de resistencia. Son las prácticas, más que los sentidos y los discursos, los que dan cuenta del modo en que se constituyen los espacios.

Estas otras perspectivas que van más allá del límite del continente discursivo de la experiencia espacial requieren, para su estudio e investigación, de otros abordajes metodológicos, más del orden descriptivo, orientados a la comprensión de los fenómenos en indagación.

## Conclusiones

Hemos recorrido en este capítulo la serie de debates a través de los cuales se comenzó a reflexionar sobre la cuestión espacial a mediados del Siglo XX en adelante. En el desarrollo de esta serie de discusiones, el espacio dejó de ser el mero fondo y pasó a ser un escenario activo de la constitución de las relaciones sociales. Esta serie de planteamientos abrieron un conjunto de reflexiones que suscitaron el denominado *giro espacial* y el retorno de la geografía y la combinación de estas perspectivas con los Estudios Culturales. El escenario teórico que se desprende de estos posicionamientos deriva en una reflexión aguda acerca de la condición espacial y sus implicancias en la constitución de las relaciones sociales. También hemos señalado la concomitancia de estas perspectivas con el denominado *giro lingüístico* y delineado la cercanía de la condición espacial como evento discursivo, como manifestación posible a través del lenguaje. Y por último, hemos considerado las perspectivas críticas del *giro lingüístico* y las propuestas no representacionales en la constitución de las espacialidades, centradas en los aspectos tecno-productivos y las prácticas que nos conducen a una nueva ontología del espacio. La consideración de todas estas posiciones nos ha permitido resaltar el carácter antropocéntrico de la analítica espacial volcado a la teoría social, en tanto sólo considera el fenómeno de la experiencia humana manifestada a través del lenguaje como única dimensión posible para la interpretación del lugar, y una serie de posicionamientos que consideran el espacio más allá de su recursividad linguística. Quisiéramos detenernos, para finalizar, en reflexionar un poco más sobre este señalamiento afin de aportar a la discusión.

Señalamos al comenzar este trabajo que la emergencia de la analítica del espacio en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales se centró en dar cuenta de cómo la experiencia habitacional estaba relacionada con las condiciones materiales del lugar. En este sentido, el espacio social puso en relación las prácticas con los espacios, centradas sobre todo en sus aspectos discursivos representacionales bajo influjos del *giro lingüístico*, y de este modo se reafirma el carácter antropocéntrico de la reflexión expresado en la siguiente secuencia: una comunidad de humanos se relaciona con su medio, sea éste el espacio, el territorio, el ambiente. Tal preminencia de lo humano por sobre el resto de los reinos, incluidos los artefactuales, han sido puestos en discusión desde vertinentes ecocríticas, algunas perspectivas del ecofeminismo, las perspectivas indígenas que superan la escisión naturaleza y cultura y también desde las agencias materiales derivadas de la teoría del actor red; todas éstas señalan el carácter antropocéntrico y androcéntrico de la jerarquía humana a la vez que proponen redimensionar la reflexión sobre el espacio (Zubia, 2016). De allí que, de la mano de Latour (2008), nos convengan reflexionar una vez más qué entendemos por espacio social cuando lo “social” ha sido tan mansillado en los debates más poshumanistas y cómo rearticular esas críticas para alcanzar una dimensión más adecuada sobre las interacciones espaciales. De este modo, tal propuesta se orienta a interrogarnos sobre la pervivencia de la escisión jerárquica entre cultura y naturaleza en la modernidad, tramitada en la reflexión espacial bajo la siguiente consigna: una comunidad (humana) se relaciona *con* su medio (naturaleza, ambiente, espacio, paisaje), y en cómo deshacernos de tal dicotomía para avanzar en una reflexión más articulada de la experiencia espacial.

De la consideración de esta propuesta, la emergencia del giro espacial de los estudios culturales surgida décadas atrás permitirá actualizar esas discusiones en forma articulada con los debates contemporáneos a la vez que abrirá nuevos interrogantes teórico-metodológicos que auguren una indagación crítica.

## Bibliografía

Albet, A., y Benach, N. (2012). *Doreen Massey.Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria - Espacios Críticos.

Bachelard, G. (2012). *La poética del espacio*. México: FCE.

Baylina, M. (1997). Metodologia cualitativa y estudios de geografia y género. *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, 30, 123-138.

Benach, N., y Albet, A. (2010). *Edward W. Soja. La perspectiva posmoderna de un geógrafo radical*. España: Icaria.

Berger, P., y Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Boyer, A. (2009). Archepelia. Lugar de la relación entre (geo)estética y poética. *Nómada*, 31 , 13-25.

Casullo, N., Forster, R., y Kaufman, A. (2009). *Itinerarios de la modernidad: corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Buenos Aires: Eudeba.

De Reymaeker, B. (2012). Cuando el espacio conceptualizado se encuentra con el espacio vivido. Los proyectos territoriales dedesarrollo como complejos procesos de «traducción». *Documents d’Anàlisi Geogràfica* , 58(1), 123-135.

Descola, P. (2001). Más allá de la naturaleza y de la cultura. En L. Montenegro Martínez (Ed.), *Cultura y Naturaleza. Aproximaciones a propósito del bicentenario de la independencia de Colombia* (pp. 75-96). Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá - Jardín Botánico de Bogotá.

Farinelli, F. (2013). A propósito de la imaginación geográfica: una historia breve y recursiva. En B. Lladó (Ed.), *Franco Farinelli. Del mapa al laberinto* (pp. 101-127). Barcelona: Icaria.

Foucault, M. (1999). Espacios diferentes. En *Obras esenciales. Volumen III. Estética, ética y hermenéutica* (pp. 431-441). Barcelona: Paidós.

Harley, J. B., y Laxton, P. (2005). La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografia. México: Fondo de Cultura Económica.

Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Silgo XXI.

Heffes, G. (2013). *Políticas de la destrucción / Poéticas de la preservación. Apuntes para una lectura (eco)crítica del medio ambiente en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Jackson, P. (1999). ¿Nuevas geografías culturales? *Revista Documents d´Analisi Geografica*, 34 , 41-51.

Jameson, F. (1991). *Ensayos sobre el posmodernismo*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ediciones Mantial.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing Libros.

Lyotard, J.F. (1987). *La condición postmoderna*. Madrid: Ediciones Cátedra S.A.

Massey, D. (2005). La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones. En L. Arfuch (Comp.), *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias* (pp. 103-127). Barcelona: Paidós.

McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de la geografía feminista*. Madrid: Ediciones Cátedras.

Mignolo, W., Maldonado Torres, N. y Schiwy, F. (2006). *(Des)colonialidad del ser y del saber*. Buenos Aires: Del Signo.

Pratt, M. L. (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viaje y transculturación*. México: FCE.

Palti, E. (2012). *Giro lingüístico e historia intelectual*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Ramey, J. (2013). Bajtin y el Giro Espacial: intertextualidad, vanguardismo, parasitismo. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 15 (2), 69-95.

Rorty, R. (1990). *El giro lingüístico de la filosofía*. Barcelona: Paidós.

Rose, G. (1993). *Feminism & Geography. The limits of Geographical Knowledge*. Cambridge: Polity Press.

Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica, tiempo, razón y emoción*. Barcelona: Editorial Ariel.

Segato, R. (2007). *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo.

Silva, J. (2009). *Geografías subversivas. Discursos sobre espaço, gênero e sexualidades*. Ponta Grossa - Paraná: Toda palavra.

Simondon, G. (2007). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo.

Waldenfels, B. (2005). El habitar físico en el espacio. En S. Gerhart y H. Breuninger (Eds.), *Teoría de la cultura* (pp. 157-177). Buenos Aires: FCE.

Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

Zubia, G.F. (2016). *Incidencias de la técnica y el género a la luz de los estudios sobre el espacio: escenas latinoamericanas para un análisis cultural situado. Tesis para optar por el Título de Doctor en Comunicación. UNLP*. La Plata: Mimeo.

1. Berger, John (2000). Modos de ver. Barcelona. Gustavo Gili. [↑](#footnote-ref-1)
2. Said, Edward W. (2009). *Orientalismo*. Barcelona: Random House Mondadori. [↑](#footnote-ref-2)
3. “*Ha llegado a ser una verdad pedestre reconocer que la teoría social en general ha tomado un giro espacial paralelo al giro linguístico de la filosofía occidental. Reflexiones acerca de cómo las ideas sobre la espacialidad han dado forma al pensamiento filosófico también están revelándose en el campo de la filosofía*” (Mignolo, Maldonado Torres y Schiwy, 2006). [↑](#footnote-ref-3)